

Noé Jitrik: Volver a la significación. Heterodoxias, De Saussure

Noe Jitrik: return to signification. Heterodoxies, De Saussure

Susana Gómez (Suny)

CIFPyH - UNC

Resumen

Un breve comentario en un texto de Noé Jitrik es el punto de partida para recorrer una insistencia teórica: Reconocer a Amado Alonso en su prólogo al Curso de lingüística general de Ferdinand De Saussure, implica volver sobre los pasos epistemológicos que llevan a la noción de significación, la cual es olvidada en los cruces de caminos disciplinares en el pensamiento del lenguaje. Acompañemos, en memoria de Noé, este recorrido heterodoxo, que se atreve a encontrar zonas para pensar la semiótica en sus lógicas.

Palabras claves: Noé Jitrik, significación, semiótica

Abstract

A brief commentary on a text by Noé Jitrik becomes the starting point for a theoretical insistence: recognizing Amado Alonso in his prologue to Ferdinand De Saussure's Course in General Linguistics implies retracing the epistemological steps that lead to the notion of signification, which is forgotten at the crossroads of disciplinary paths in language thought. Let us share, in memory of Noé, this heterodox path, which dares to find areas to think semiotics in its logics.

Keywords: Noé Jitrik, significance and meaning, semiotics

Conocimos y leímos en Noé Jitrik a un indagador de interrogantes. Escucha y desarma, interroga y disuade de no abandonar la indagación. Cauteloso, se acerca a las zonas de mayor traspaso de discusiones, aquellas en que cada autor vocifera sus conceptos y donde el mercado de las teorías bulle en su trajín. Se detiene, mira con cuidado cada idea; en panorámico paseo escucha lo menor, lo lleva para sí a su estudio, y a su estudio de ideas.

Resulta tarea compleja decidirse por un modo de reseñar al Jitrik semiótico/semiólogo, puesto que su palabra atiende con pasión de relojería aquellos razonamientos que dieron lugar a su no tan conocida forma de pensar el signo. Releer algunas de sus obras teóricas redundante en un

descubrimiento o en un recordatorio de sus lecturas críticas, su profusa poesía y sus novelas cuidadosamente jugadas.

Recorro varios de sus libros teóricos, rebusco en los materiales anotados de clase que dieron lugar a varios libros, como cuando disertara en la Maestría en Sociosemiótica en los últimos años del siglo XX. Anoto: *Los grados de la escritura*, del 2000, editado en Buenos Aires, *Línea de flotación*, del 2002, reunión de sus ensayos escritos desde los años 70 al 2000 realizada por Roberto Ferro, editada en Caracas, *Fantasma semióticos concentrados*, editado en México en 2007; reviso qué más aprender en *Verde es toda teoría*, de 2010, con prólogo otra vez de Ferro, anoto los títulos de *Lógica en riesgo. Ensayos heterodoxos*, de 2020. Recuerdo ese texto impactante de la revista *Estudios*, del CEA, en 2005, que saco a relucir en un pdf porque perdí el ejemplar en papel de su edición cuidada por otro entrañable, Toto Schmucler.

Imagino qué hacer con tantas lecturas, y reacciono. Reconozco que intento seguir un “curso”: una instancia de enseñanza, pero también el discurrir de su pensamiento y de su palabra frente a nosotros, quienes sentimos una pausada y sutil conmoción que nos vuelve a las bases de un saber construido en su rebeldía constante frente a los postulados y a los dogmas teóricos. Atender a esta posición heterodoxa —como describe él mismo a sus ensayos— invoca también a los libros sobre la lectura, a innumerables conferencias y artículos y a los filosofemas, de esos que vale la pena copiar para la mesa de trabajo o para un tablero de dirección conceptual, o el papelito con imán en la heladera. Curso, discurso y discusión, incurrir y discurrir, son términos que, además de constituirse en nociones polémicas que abrieron puertas disciplinares desde su simple concurrencia de la etimología, mostraron en sus trabajos una compleja y multiforme razón de ser de cada una de las épocas en las que fue testigo y anotador curioso de esos detalles en que se daba cuenta de que algo iba a moverse de lugar.

Una de sus preocupaciones recurrentes, leyendo estos libros y su enorme cantidad de artículos semióticos, se manifiesta en la lectura, siempre renovada, del *Curso de Lingüística General*, de Ferdinand De Saussure, en la traducción de Amado Alonso, en la mítica edición de Losada de 1945. Muestra su predilección por el prólogo de Alonso, hallando una sutileza inédita que da inicio a toda polémica sobre el lenguaje y, como fin de todo medio, en una argumentación exacta: los conceptos de De Saussure mueven a Jitrik a seguir traduciéndolo a los códigos teóricos en que la modernidad —su

siglo XX tan vivido y leído— adoptara diversas formas de paternidades/maternidades nocionales, logrando incidir siempre a ese punto de partida de ese prólogo para esa edición.

En el ensayo “El sentido en la búsqueda del sentido” elige citar este Prólogo, y donde dice: “El valor, que consiste en la solidaridad e interdependencia de la significación con otras significaciones” (2010, p. 25) nos lleva a una nota al pie en que señala que Amado Alonso abre camino a la representación, necesaria instancia de todo el planteo con el cual Jitrik retoma estas razones primeras del lenguaje y su significación.¹

La cita completa, a mi juicio central en esta red tejida por Noé a lo largo de varios libros y artículos, dice en palabras de Amado Alonso:

El valor, que consiste en la solidaridad e interdependencia de una significación con las otras significaciones, emana del sistema e implica la presencia concreta del sistema en cada uno de sus elementos; la significación, dice Saussure, no se sale del elemento aislado y de su idea representada. (1945, p. 7)

Atiende Alonso, filólogo como sabemos, a la singularidad plural de la significación. Ni única ni aislada, honra al sistema de los signos en la *vida social*; está contenida por el sistema, pero a la vez guarda en sí algo de él.

Este concepto quedará claro en Jitrik por el largo trayecto de su teoría semiótica, a partir de desarrollos que buscan siempre la misma baldosa, tomando como punto de quiebre la común teoría del signo para derivar sus preguntas sobre los procesos de significación, sobre la productividad relacional de lo que se crea con las significaciones.

Allí radica el *valor*, de alguna manera, agregando a la relación saussureana la idea de la significación para desafiarnos planteando que sería el elemento diferenciador de la semiología —qué decir, una semántica— con respecto de la semiótica —la relación entre signo y sentido que, como veremos, se torna punto de fuga—, situada en esa *tierra de nadie* donde la instala para iniciar su construcción transdisciplinar (Jitrik, 2007).

¹ “El sentido está en la búsqueda del ‘sentido’”, integra el libro *Verde es toda teoría*, editado en Argentina por Liber Editores, en 2010. También figura en *Línea de flotación*. Citamos esta versión argentina para acercar su lectura.

Una palabra que inquietante ata un hilo desde la cita de Alonso al texto de De Saussure, para ser luego anudado en una torsión conceptual que teje esa grácil trama teórica: la *significación* desplaza la atención en un momento heurístico retomado –como quien busca sentir otra vez aquello que maravilló y sabemos no podrá volver a darse– en muchos de sus trabajos, sobre todo aquellos vinculados a la escritura, a la semiótica.

Una aclaración intrigante en la nota al pie muestra una atenta lectura de los *Manuscritos* de De Saussure (preparados por Robert Godel y traducidos por Ana María Nethol en 1971 y en 1977, respectivamente). Jitrik señala una diferencia conceptual que surge porque en el libro editado en 1945 se anuncia un concepto que ha sido reemplazado por significado, pero que en los manuscritos se ve como una traducción diferente: “La unión entre el signo y la significación que se les asocie”, como saldría en el manuscrito de Gauthier, en francés (2010, p. 24). Ese detalle revelador se convierte en uno de los nudos gordianos que Jitrik nos recuerda a quienes trabajamos o, queremos suponer, que pensamos entre signos en un campo de saber. ¿Hay sentido, en la indistinción entre significado y significación, allí donde Amado Alonso crea una sinonimia?

Ello, pese a que las nociones de significado y significante coexisten, por los pormenores de la modernidad –dual, opositiva, sinecdóquica, hecha de yuntas que tiran para su propio lado, aporías creadas al uso–, se pasó por alto a la significación en aras del *sentido*, canonizando nociones que hacían olvidar detalles, creatividades y el componente imaginario que el propio De Saussure había señalado.²

Es curioso ver la explicación que da Jitrik sobre cómo Lacan arma su noción de significante, desandando ese recorrido en De Saussure hasta el punto mismo que le inquieta: ¿dónde nace la idea de significación si no es a partir de una ruptura de la visión establecida por la inclusión gráfica de una barra como separación? Leyendo a Jitrik accedemos al esfuerzo lacaniano: hubo una necesidad epistemológica de crear una metáfora del signo ahí mismo, en la barra que pareciera separar componentes de una articulación, de una copresencia entre entidades. Se advierte en las traducciones —literales, aclara Noé— al español de *Escritos* de Lacan hecha por Tomás Segovia en 1966, en que

² Otro camino para este recordatorio es recuperar las diferencias disciplinares que traza Noé Jitrik entre semiología y semiótica, partiendo de la base de nociones que se trabajaron mucho en los años 80 en Argentina: discursos, comunicación, lenguas en divergencias de sujetos históricos, las teorías del signo transferidas a una lógica capitalista en lo que llama “la larga historia de ajustes teóricos”, en su libro *Fantasma semióticos concentrados*, publicado en 2007, en México.

señala la separación entre estos componentes como necesaria para el psicoanálisis y que esta es “resistente a la significación”. (2010, p. 24)

El lenguaje es atravesado con otra luz a partir de esta cadena de lecturas –comprensiva, diríamos con Bajtin– para recuperar, en una especie de defensa acérrima de la “*signifié*”, una traducción no literal sino conceptual: el sufijo “ción” indica –son los siglos y el idioma, diríamos– una dirección, una posibilidad que se puede concretar y concertar. Dice:

la significación no es un algo sino un encadenamiento, es la semiosis inherente a todo signo, pero también a entidades mayores, a todo acto verbal, compuesto por signos, que intenta *significar*, o sea *producir sentido*, dicho en lenguaje natural, en el supuesto de que se sabe lo que se quiere decir. (2010, p. 26)

Esta sola pequeña remisión sacude toda la biblioteca teórica, así como abrevia una declaración de principios metodológica, pero también, o en el fondo, epistemológica: pensar en el sentido implica no cosificar el concepto. El razonamiento positivista y de alguna manera unidireccional con que se leyó a De Saussure es cuestionado por Amado Alonso mismo en ese 1945, exiliado y sufriente de la posguerra europea —como ahora, cuando tras la pandemia global el mundo sigue tembloroso en su inteligibilidad cotidiana nuevamente derrumbada—; su visión de lector avezado de literatura y de filosofía le da esta capacidad de anotar ese detalle que moviliza a Jitrik en todo el edificio de su saber. Volvemos al dibujito de De Saussure, comprobando que hemos dejado de ver el árbol por ver el bosque.³

Si no conocemos más que el signo en su camino a significar, su *valor* proyectivo deja en claro que nada hay superior o jerárquico, ni una especie de sublime lejanía que estaría por detrás de cada *sentido*. Este ensayo es casi un parteaguas porque nos despabila sobre ideas arraigadas y operaciones reflexivas que se han instalado en el imaginario saussureano. Es un legado que va de la mano con sus lecturas: entrar en el análisis de nuestros propios recorridos —y didácticas— para acceder a los fundamentos que quedaron como sustratos erosionados por los giros teóricos.

³ ¿Cómo no recordar “El árbol de Saussure”, de Libertella, donde sitúa topológicamente un espacio en que del otro lado del mostrador del bar hay una plaza y en la plaza hay un árbol? Todo lo que ocurre luego gira en relación a esos *lados*, espacio horizontalizado de la verticalidad en que se suele dibujar el gráfico saussureano. Vuelto un plano habitable, hay una historia para narrar. Además, “desmontar el edificio de la lógica” es una de las frases recurrentes de Jitrik.

Levantando la vista hacia las dificultades de un pensar teórico que devenía necesariamente escritura, despliega en sus ensayos aquella pregunta inicial, una y otra vez. En “La escritura en el hueco del deseo”, publicado en *Varia lingüística y literatura* en México en 1997 y luego en *Los grados de la escritura* (2000)⁴, esta diferenciación le sigue conmoviendo, vuelve a ella para proyectarla a otro de los problemas saussurianos. Dice, de manera reveladora, si me disculpan la cita larga:

Casi de entrada, entonces, y obedeciendo tal vez a modelos pensamiento originados en la psicología (“En el fondo todo es psicológico en la lengua”), y en la medida en que sostiene que “el sonido no es más que el instrumento del pensamiento y no existe por sí mismo” —razón por la cual el sonido y la idea hacen una unidad indisociable—, De Saussure prepara el terreno —o es como si lo preparara dadas las condiciones en que desarrolla su teoría— para describir el signo como un conglomerado de dos entidades: significante (la imagen acústica) y significado (el concepto). Sobre esa idea construirá todo el edificio, es sobre eso que deberá actuar la ciencia que la constituye. (Jitrik, 2000, p. 39)

Por una parte, vemos el momento de un cambio epistémico que De Saussure avizora ante la presencia de una racionalidad cognoscitiva requerida para poder pensar esa noción que Jitrik describe como “conglomerado” (metáfora teórica, constructiva, al fin), reuniendo lo necesario para crear las bases de una ciencia futura. Describir la definición de signo implica, entonces, “un momento trascendente en la historia de la epistemología moderna” (2000, pp. 39/40). Por otra, reconocemos la existencia en paralelo de estas entidades que de alguna manera son precedentes, que deben encontrarse, que pueden —y no es un *a priori*, sino una verdad experiencial con el signo en cualquier materialidad y semiosis— ser vinculadas. Pero el razonamiento positivista y dual les crea una imagen de doble cara de una moneda, los vuelve indisociables en esa representación fundadora, pero que buscaba a tientas una inteligibilidad.

Ya no se trata apenas del par *significant/signifié*, sino de ofrecer una discusión que versa sobre lo humano, social e histórico como participante de una estructura sostenida por la complementariedad —nunca cada parte es un mutuo suplemento o un agregado—, pero también de la moderna ilusión de la especularidad de los objetos pensables por la palabra constituida gracias a la lengua sistémica. Le lengua representa los signos, la escritura representa la lengua y, entonces, la operación de significar es una fractalidad de representaciones, unas en otras que divergen tornándose

⁴ Visible aquí: https://www.jstor.org/stable/j.ctv47w42s.20#metadata_info_tab_contents

figuras en el espacio creado por la capacidad humana simbolizar y comunicar. La relación entre significante y significado habilita a ser señalada como un interpretante (2010, p. 26).

Por ende, esta multiplicada operación de crear signos que dicen “algo” con las cosas, siempre dispar única e irreplicable, aunque reconocible en el espacio constelado del sentido no es una metáfora que invento aquí, remito a un concepto filosófico al que acude Noé, cuya expresión resulta tan cercana y persistente, tan adorniana, el de *constelaciones* preexistentes. El sentido, pues, sería “un ya constituido previo a todo acto que se ejecuta, sería algo así como un *ya sabido de sabidos*, no acumulado sino en permanente movimiento” (Jitrik 2007, p. 32). Puesto así, es indiscutible que el sentido no es una cosa, ni las cosas y los sentidos son otredades, sino que existe un vínculo perceptivo en el ser humano con lo exterior a partir del sentido (2007, p. 34). Un concepto de sentido constelado, en cuanto que parece estable, pero deviene en la significación como el lugar *-topoi-* de nacimiento de las inestabilidades y de la creatividad de significar, de decir, de explorar con la lengua el horizonte de lo decible y comprensible.

Con ello, aprendemos que entonces nada en el uso de los signos —ni siquiera el sistema concreto de la lengua, ni la propia idea de sistema— está dado, de tal manera que baste con tomarlo como si nos sirviéramos de un artificio separado de nosotros, para producir sentidos al uso. Por el contrario, partiendo de la base de que entre significado y significante el valor del signo radica en su sistema como red de significaciones,

el sentido es un conjunto de ausencias que toman la forma del sentido en la búsqueda incesante que se hace de ellas y que designamos como *sentido* precisamente porque, habiendo admitido el espacio de la fuga, se las sitúa en el lugar de la búsqueda y del hallazgo. (2010, p. 29)

El sentido tampoco es algo; si la significación es un camino, el sentido es aquello que se busca.

El sentido, entonces, acontece a partir de una reverberación que suena desde algún sitio donde se produce; nos despierta su eco que re-suena en la escritura, más acá de un decir sobre las cosas y más allá en los sentidos plurales que las cosas obtienen por este hacer de la significación.⁵

⁵ Si bien la escritura sirve a la lengua para ratificar su carácter de signo comunicativo logra modificar algo en aquello que representa “y, al hacerlo, libera sentidos, por esa modificación que desbordan estarían encerrados en lo representado” (2000, p. 37). Sobre este gran tema de la escritura, leído desde la mirada de Jitrik con De

Atravesando como estos razonamientos de la modernidad que ofrecen a Ferdinand De Saussure la piedra de toque para iniciar los giros sobre el concepto de la lengua, sobre el indicio del sujeto inscripto en el signo, sobre las pasiones, acerca de los afectos que significan por sí solos sin palabras, también sobre el arte que crea sentidos en su disfrute además de su expresión, este observador con lupa que fue Noé se detiene en medio del rumor del mercado de los objetos de conocimiento —no son “cosas”, insiste— para señalarnos que el signo lo es de lo común, que deviene de esa virtuosa relación entre los objetos reales y los objetos simbólicos, nacidos en la capacidad humana de representación.

Representación que se debe a una repetición inclusiva de su eco en lo nuevo, que a su vez es su eco y siempre vuelve a oírse, por su efecto “en el que nos encontramos y reconocemos y que, de alguna manera no definible, nos significa” (Jitrik, 2021, p. 69). Allí donde creemos ver un pleno de significado, Noé nos recuerda que otra deuda es configurada por la “falta”, “el hueco”, “el olvido”, “el fantasma”, “el deseo” en que la cosa y el signo debaten su existencia relacional: mediaciones, convencionalismos (otra vez lo social), solidaridades (lo común hecho sentido), entre las cosas y el signo; entre ellos, el sentido, la significación que van siempre en movimiento indetenible, mientras el tiempo encuentra cómo cifrarse. Buscando una explicación, Noé trabaja conceptualmente con la alegoría del erotismo, tan presente en sus poemas, para una buscar comprensión:

De todos modos, siendo o no arbitraria o necesaria, me gustaría pensar que uno u otro elemento se buscan, que el significante y el significado se persiguen para ligarse, que el signo y la cosa se cortejan para encontrarse y hacer un apareamiento definitivo (como se lee en “La escritura en el hueco del deseo”, 2000, p. 42).

El deseo del signo como el deseo de la metáfora (las dos caras de la moneda, que no se ven, tan usada en la explicación del saber enseñado que la modernidad hizo casi célibe ante los conservadurismos académicos), añorando que el signo fuera comprendido desde lo sensible. Usar esta gran disyuntiva conceptual rompe con las confortables páginas en que lo inteligible de la lengua pareciera acuñar esa doble cara de la moneda que es el signo: la barra que distingue elementos pareciera señalar un carácter intemporal, pero, al indicar su unidad inseparable, da lugar —hace un

Saussure, habría que escribir otro trabajo y explorarlo en relación con Derrida, con la noción de texto desde Kristeva y con la lectura como práctica semiótica.

locus communis— a la sospecha de que la historicidad sea la encarnadura de la productividad del signo, en su significación, pero también en su sentido.⁶

Volverá muchas veces a este planteo, también en el artículo que publicaría bajo la atenta mirada de su amigo Héctor Schmucler en la revista *Estudios*, del Centro de Estudios Avanzados de la UNC, en el otoño de 2005: “Tiempo, memoria, significación”. Allí, retoma a De Saussure para regalarnos un planteo necesario sobre los tiempos verbales, acaso inquieto por cómo las lecturas del *Curso de Lingüística General* desdeñaron los interrogantes que el tiempo hubiera habilitado —el tiempo verbal, la sincronía—, causando una zona de sombras al pensar en lo que nos sucede cuando nos conmueve la temporalidad en el sentido, dado que la significación está atravesada por el tiempo. Dice:

Si, por el contrario, nos detenemos en este punto, y admitimos que en apariencia la noción de presente va de suyo, la de pasado en especial, así como la de futuro, ha dado lugar a especificaciones del dominio de la gramática que sugieren, además de una voluntad de situar aquello que los verbos refieren, una voluntad de entender de qué modo el tiempo hace masa en el lenguaje. (Jitrik: 2005, p. 50)

Impulso y necesidad en el espacio del sujeto obligan a pensar la significación del tiempo y a este como una significación en sí, desdoblada pese a las gramáticas.

Despliega luego, en este ensayo, a partir de una reflexión sobre el uso de los tiempos verbales, cómo se da eso que llama “un proceso semiótico” en la enunciación en la formación de la memoria. En el espacio del sujeto —un lugar del deseo, del impulso— la enunciación es capaz de provocar una transformación, concepto que toma de su amigo Raúl Dorra, solo si la memoria se retira unos pasos atrás para que en el orden temporal algo cambie, para que se encuentre la enunciabilidad del deseo, del saber y, claro, del tiempo subjetivo que busca significarse en la memoria. Apela a Peirce para recordarnos otro concepto olvidado de su lógica semiótica: la afeción es una modalidad de la

⁶ En otras páginas, cita nuevamente a Lacan al respecto de esta separación/unidad constitutiva del signo. Quizás, a muchos modos de ver, unas de las más claras explicaciones sobre la noción lacaniana del significante que nos regala Noé. Lo cita en este preciso momento de su argumentación, para nombrar a “L’instance de la lettre dans l’inconscient ou la raison depuis Freud”, de 1966, en sus *Escritos I*, pero tantas citas ya ameritan ofrecer este tema a su búsqueda: ¿cómo leyó Jitrik a Lacan en su definición de significante? Lo indagaremos, se convida el tema, pero se alerta de su complejidad. También nos lleva a Althusser y, por ello, a Kristeva, su tan conocido ensayo “Esa productividad llamada texto”.

memoria radicada en el cuerpo y por ende en el tiempo del sujeto (Jitrik, 2005, p. 59) a partir de la cual se generan las imágenes que dan existencia a la significación.

Entonces, si desde el *Curso...* descubrimos con Jitrik que significante y significado eran posibles porque una barra articulaba una unidad (el arbolito de la imagen mental y la palabra “árbol” encerrados en un círculo con límites que lo aislaban en cuanto categoría lógica), quien revisa a Lacan para demostrar una nueva lectura de la imagen/signo del signo saussureano insistiendo en la metáfora del deseo y la falta significante como constitutiva de todo hacer de sentido, esta afección que viene de Peirce agrega que la experiencia temporal del sujeto hace posible la significación:

en tanto el cuerpo experimenta esencialmente el tiempo y está sometido a él, el tiempo es lo que sustenta la significación, tal como nos adelantamos a decirlo en los tramos iniciales de este trabajo, y aún más, la significación es el tiempo. (2005, p. 59)

En ese proceso de los signos en la vida histórica hay alguien: ¿Cómo saber quién pintó el bisonte en las cuevas de Altamira (o las manos de los Alerces, o el jaguar de la Tunita, el pájaro de Atacama, da igual a esta altura), y qué importa? “[...] no importa el bisonte, nos importa la deformación y por añadidura, nos importa ese anónimo artista” (Lógica 69). Ese alguien deja replicando la capacidad misma de crear una significación temporalizada en su genuino deseo que lleva a un horizonte total de sentido. Pero, por otro lado, en ello radica la huella primigenia: el deseo donde el sujeto se constituye en su imaginario, en su sueño, en su exploración, en su libido, en su juego o experiencia, quizás en un saber –que se sobreentiende en cuanto transmitido por otros y a otros, por ello significación en signos descifrables en un horizonte cognitivo y comprensivo–.

Así, la lectura de Jitrik en pos de recuperar su pregunta inicial, aquella que nos deja en atónita heurística de nosotros en nuestra mismidad, nos ofrece la nutricia intranquilidad a quienes vivimos preguntándonos cómo es que *se significa*. No solo por su teoría desplegada en tantos ensayos, polifacéticos y acrisolados de fuentes que enseñan según cómo les dé la luz de nuestras preguntas.

¿Volver a De Saussure? Sí, como dice Amado Alonso, volver a la primera vez en que se logra pensar la lengua recorriendo el camino entre la palabra y el pensamiento, no solo entre imágenes acústicas y mentales, sino en cómo es posible que la significación acontezca –tal como enseña Badiou en *El ser y el acontecimiento*– en el sujeto. En uno de sus filosofemas, para última cita de esta heterodoxia que es traer a Jitrik a la idea legible –como el sentido, “trae” la referencia–, encontramos una razón para intentar explicarnos la recurrencia a este *Curso de Lingüística General*, que provoca

pensar la escritura como lectura de representación hecha letra, *gramma*, huella, marca, además vacío, hueco, exclusión y repeticiones, redundancias ahora que estamos de vuelta de las ortodoxias teóricas y hemos reabierto las puertas a los pasillos disciplinares. En paralelo a varias de sus escrituras aquí reseñadas, encontrar este escrito breve en el *modo* que es para la Jitrik la filosofía nos dice lo que viene:

Nombrar las cosas es iluminarlas y, en consecuencia, darles presencia, hacerlas existir. Pero el nombrar es raramente nombrar por primera vez: las cosas ya tienen nombre cuando se las nombra. De este modo, hay un punto de intersección entre lo que es iluminar o hacer existir cada vez que se nombra y la iluminación o existencia que tienen las cosas que ya tienen nombre: el lugar de la intersección, el lugar en el que conviven los nombres de las cosas y sus presencias cuando se las nombra –o se las vuelve a nombrar– es la conciencia. (2007, p. 75)

Textos recurridos (no tan bibliografía, más bien invitación a leer)

Jitrik, N. (2000). La escritura en el hueco del deseo. La semiosis, la falta y la teoría del signo. En *Los grados de la escritura*. Buenos Aires, Argentina: Bordes, Manantial.

Jitrik, N. (2002). *Línea de flotación* (compilación de Roberto Ferro). Caracas, Venezuela: elotro@elmismo

Jitrik, N. (otoño, 2005). Tiempo, memoria, significación. *Estudios*, 16. Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/13471/13651>

Jitrik, N. (2007). Cinco pláticas sobre el malestar. En *Fantasmas semióticos concentrados*. México: Fondo de Cultura Económica.

Jitrik, N. (2010). El sentido en la búsqueda del sentido. En *Verde es toda teoría*. Buenos Aires, Argentina: Líber Editores.

Jitrik, N. (2020). *Lógica en riesgo. Ensayos heterodoxos*. Buenos Aires, Argentina: VS.

Fecha de recepción: 28 de noviembre de 2022.

Fecha de aceptación: 10 de diciembre de 2022.

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

